

# **A Rosario sin escalas**

María Inés Falconi

Ilustraciones de María Jesús Álvarez

loquelego

## CAPÍTULO 1

25 DE FEBRERO DE 20...

Lucas y Rocío, asomados al tanque, miraban en silencio cómo el remolino de agua acababa de “tragarse” a su amigo Nazareno. Sabían que no iba a correr riesgos, salvo que el agua lo arrastrase a algún lugar desconocido, a alguna época remota en la que no pudiera encontrar a nadie que lo ayudara a volver con su familia. Nunca había pasado, pero...

5

Habían conocido a Nazareno en 1810, suena raro, pero era así. Era la primera vez que habían caído dentro del tanque que estaba en el techo de la casa de su abuela y el agua los había llevado hasta el aljibe de la casa de los Rodríguez Peña... en 1810. Ahí vivía su amigo, con su mamá y sus hermanas, todos ellos esclavos en la casa de don Nicolás y doña Casilda. Bueno, en ese momento todavía no era su amigo, ni siquiera se conocían. Por qué razón un tanque de agua en el techo de la

casa de su abuela, en pleno siglo XXI, los llevaba a un aljibe en el siglo XIX, nunca lo supieron. Y cómo había hecho una india medio bruja para ayudarlos a regresar, tampoco.

6 Por aquel entonces, Nazareno y Lucas andarían por los trece años y Rocío tendría ocho. Un año había pasado desde aquel momento y, sin ningún temor, los tres habían ido y vuelto por el “agua del tiempo” un montón de veces. Así habían conocido a las nietas de San Martín, habían participado de la batalla de San Lorenzo, habían ayudado durante el Congreso de Tucumán y habían echado aceite hirviendo cuando las invasiones inglesas. Viajar en el tiempo se había transformado en algo... cotidiano. Lo único molesto era que, una vez que caían al tanque, no podían saber adónde iban a ir a parar.

—¿Vos creés que Nazareno se volverá a encontrar con San Martín? —preguntó Rocío. Su voz retumbó adentro del tanque.

No era una pregunta ridícula: en 1816, Nazareno ya era uno de los Granaderos de San Martín y estaba en Mendoza, preparándose para cruzar los Andes. Pero el agua del tiempo lo había



llevado a la terraza de la abuela, y Lucas y Rocío no sabían si el agua del tanque lo devolvería al mismo lugar y a la misma época.

—No sé.

—¿Vos creés que Mancha ya volvió? —Mancha era el caballo de Nazareno que también, la última vez, había sido arrastrado por el agua.

8

—No sé.

—¿Vos creés que Nazareno corre el riesgo de encontrarse con él mismo?

—¡No sé, Rocío, no sé! —dijo Lucas, malhumorado, bajándose de un salto del cajón de frutas que le permitía llegar al borde del tanque—. ¿No podés dejar de hacer preguntas sin respuesta?

—No sé si son sin respuesta ni sé cuál es la respuesta. Si lo supiera, no te lo preguntaría —se ofendió Rocío y también bajó del tanque.

—Lo harías igual. Vos NUNCA dejás de preguntar. Ni de molestar.

—Tus palabras me resbalan como el agua de la ducha —contestó Rocío.

—¡¿Cómo queeeeé?!

—El agua de la ducha. Es una metáfora —contestó Rocío mientras agarraba una revista de Lucas.

—No es una metáfora y dejá eso.

—Están para leer.

—Para que las lea yo.

—De acuerdo. Si no leo, hablo. ¿Qué preferís?

—Prefiero ir a despertar a la abuela para que nos prepare la leche.

Lucas se paró, decidido a bajar, y Rocío no lo detuvo. Eso era raro. Seguro que quería quedarse sola para tocar todas sus cosas. Lucas se había armado un verdadero refugio en la terraza. Si llegaba a encontrar algo roto, ya lo iba a escuchar.

Bajó, pero no despertó a la abuela. No quería tener que explicar que su hermana estaba en el techo y así deschavar, de paso, su propio escondite. Rocío era su peor pesadilla, sin duda.

Abrió la heladera y encontró los restos de la torta que había comido Nazareno antes de irse. Se sirvió un vaso de agua. Buscó el control de la tele. Había renunciado hacía mucho a usar la compu de la abuela, porque era una carreta más lenta que las que habían encontrado en Tucumán. Ahí no se podía bajar ningún juego y YouTube se cortaba a cada rato.

Estaba haciendo *zapping* desparramado en el sofá, cuando un ruido hizo temblar la casa.

Lucas se levantó de un salto. Primero miró hacia la habitación de su abuela y después miró hacia arriba. Las dos cosas podían ser una catástrofe: que la abuela se hubiera despertado y caído de la cama o que Rocío hubiera hecho algún desastre. Eligió correr a ver a su hermana.

10 La escalera pegada a la pared que subía a la terraza nunca le pareció tan larga.

Una mirada rápida le dio la pauta de que Rocío no estaba a la vista.

—Rocío... —llamó, tratando de no gritar.

No tuvo respuesta.

Temió lo peor. Buscó el cajón de frutas y se asomó al tanque. El agua todavía daba vueltas a toda velocidad, pero Rocío ya no estaba.

—¡¡¡Rocío!!! —llamó.

Hasta él mismo se asustó con el grito. Pero Rocío no contestó. O no lo había escuchado, o no le contestaba a propósito, o el agua se la había llevado. No lo dudó. Pegó un salto para alcanzar el borde, paso una pierna y se dejó caer.

Para su sorpresa, el agua había dejado de girar. Ahora era el tanque tranquilo de siempre.

—¡Rocío! —volvió a llamar, aunque sabía que era inútil.

¿Qué iba a pasar si el agua no lo arrastraba? Siempre que se habían caído, la corriente los había empujado a los dos juntos. ¿Y si el remolino no volvía? ¿Y si Rocío no volvía? Nunca habían averiguado por qué el agua empezaba a girar, ni cada cuánto tiempo lo hacía, ni si había alguna fórmula para provocarlo. Simplemente, había sucedido. De ida y de vuelta.

11

¿Tendría que salir e ir a buscar ayuda? No. Inútil. ¿Adónde iba a ir? Además, ¿cómo explicar que había dejado a su hermana sola en la terraza y se había caído dentro del tanque? ¿Quién le iba a creer que el agua los hacía viajar en el tiempo?

Decidió quedarse flotando y esperar. Tal vez el remolino volviera pronto.

Buscó con la vista la soga que ahora, por precaución, siempre dejaban colgando hacia adentro. Ahí estaba. Bien. Al menos, si se cansaba de flotar, no correría riesgo de ahogarse.

—¡Rocío! —volvió a llamar, por las dudas.

Ninguna respuesta. Ojalá que su hermana estuviera bien.



## CAPÍTULO 2

### 22 DE ENERO DE 1812

Nazareno corrió hacia el patio del fondo con una sandía bajo el brazo. Hacía mucho calor y don Nicolás había traído sandías para todos. En pleno verano, nada mejor que sentarse a comerla a la sombra de un árbol. Pero, cuando pasó junto al aljibe, tuvo una idea mejor: iba a disfrutar mucho más de su sandía si primero la dejaba un rato enfriándose en el agua helada del pozo.

13

Tiró de la soga hasta que apareció el balde. Nazareno tomó un trago de agua y tiró el resto. Necesitaba el balde vacío para poner la sandía y sumergirla.

El agua hizo mucho ruido al caer. Lo siguió un grito. No era el agua la que estaba gritando, no, señor. Nazareno volvió a subir el balde y se asomó al pozo. El corazón le latía fuerte. Un grito dentro del aljibe solo quería decir una cosa: sus amigos habían vuelto.

—¡*Pescao!* —llamó. A Lucas le decía “pescado” porque, justamente, la primera vez lo había “pescado” en el aljibe.

—Soy yo, Naza. ¿Me subís? —gritó Rocío.

—¿Rocío?...

—Sí, Rocío, Naza. Subime —repitió.

14 —¿Y el *Pescao*...? —preguntó Nazareno un tanto desilusionado.

—¡Nazareno! ¡Subime y después te cuento! —ordenó Rocío enojada.

—Ah... Sí, Rocío. Disculpá. Es que me extrañó que el *Luca*...

—¡Nazareno!

—Ya voy, ya voy.

Nzareno empezó a tirar de la sogá y la roldana empezó a chirriar. No era fácil. Rocío venía agarrada del balde y pesaba lo suyo.

—¿Qué comiste, Rocío? *Vo* no pesabas tanto la otra *ve*.

Rocío no le contestó. Tenía miedo de irse al fondo otra vez si hablaba o se movía.

Por fin sacó la cabeza del pozo y vio los dientes brillantes de Nazareno.

—Tardaste mucho, Naza. Casi me congeló.

—“Hola, amigo, ¿cómo *andá*, tanto tiempo?”, ¿no? Ni que nos *hubimo* visto hace un rato *nomá* —se quejó Nazareno.

—Nos “hubimos” visto hace un rato. ¿No te acordás?

—No... ¿*Ande* nos *vimo*?

—En la casa de mi abuela... En la terraza... cuando vos estabas...

Rocío se frenó de golpe porque se dio cuenta de que a Nazareno todavía le faltaban como seis años para vivir eso.

—No, nada. Olvidate. ¿Eso es sandía? —preguntó para cambiar de tema.

—No, si va *se* un gato verde —se rio Nazareno.

Rocío saltó al piso, contenta de que Naza no siguiera preguntando.

—No me dijiste *ande* está el *pescao* —insistió.

—Porque no lo sé, Naza. Me vine sola.

—¿Te viniste sola?! —los ojos de Nazareno se abrieron grandes sobre su cara negra—. ¿*Ta* loca, Rocío? ¡Mirá si el agua te llevaba a... a... bueno, a otro lado! ¿*Tené* la cabeza hueca como la *sandia*?

—¡Ay, cortala, Naza!

—Sí, ya la corto. Tengo que *buscá* el machete.

—La sandía no. Que la cortes de retarme, Nazareno. No me liberé de mi hermano para que vos empezaras a gritarme.

—¡No te estoy gritando! ¡*Tené que pensá*, Rocío! ¿Y ahora qué *vamo acé*?

—Ahora nos vamos a comer la sandía mientras pensamos qué vamos a decirles a los demás.

16

Sin esperar respuesta, Rocío lo agarró de la mano y se lo llevó al fondo de la casa. Se escondieron detrás de la pila de leña, a comer sandía y a inventar una historia creíble para contarles a los otros.

Rocío se hacía la valiente, pero estaba un poco asustada. Era cierto que ahí estaba Nazareno, era cierto que había estado en esa casa ya dos veces, que todos eran muy buenos, pero... ¿estar sin Lucas? ¿Podría volver? ¿Y Lucas? ¿La estaría buscando o estaría saltando en una pata porque ella se había ido?

—Empecemos por el principio, Naza —dijo limpiándose con el brazo el jugo de la sandía, que le corría por la pera—. ¿En qué año estamos?

—Mil ochocientos doce —contestó Nazareno, también luchando con la sandía.

Rocío trató de recordar qué había pasado en 1812 pero no le vino a la memoria nada trascendente. ¡Ojalá Lucas estuviera acá! Él sí sabía un montón de historia.

—¿Mes?

—Enero.

—¡Con razón hace tanto calor!

—Es verano.

—Eso digo.

—¿Nació el hijo de doña Casilda?

—Sí, y se llama *Nicolá* como don *Nicolá*. ¿Qué *le vua decí* a los patrones, Rocío? —se desesperó Nazareno.

—La verdad —dijo Rocío.

—¡iii¿La *verdá*?!!! —se atragantó Nazareno.

—Bueno, casi. Les decimos que... cuando venía para acá, me perdí y que, seguro, Lucas me está buscando y va a llegar de un momento a otro.

—¿Y si no llega?

Rocío se quedó callada por un instante, tratando de tragarse las lágrimas. Escupió una semilla de sandía y contestó:

—Va a llegar —y le dio un mordiscón a la sandía.